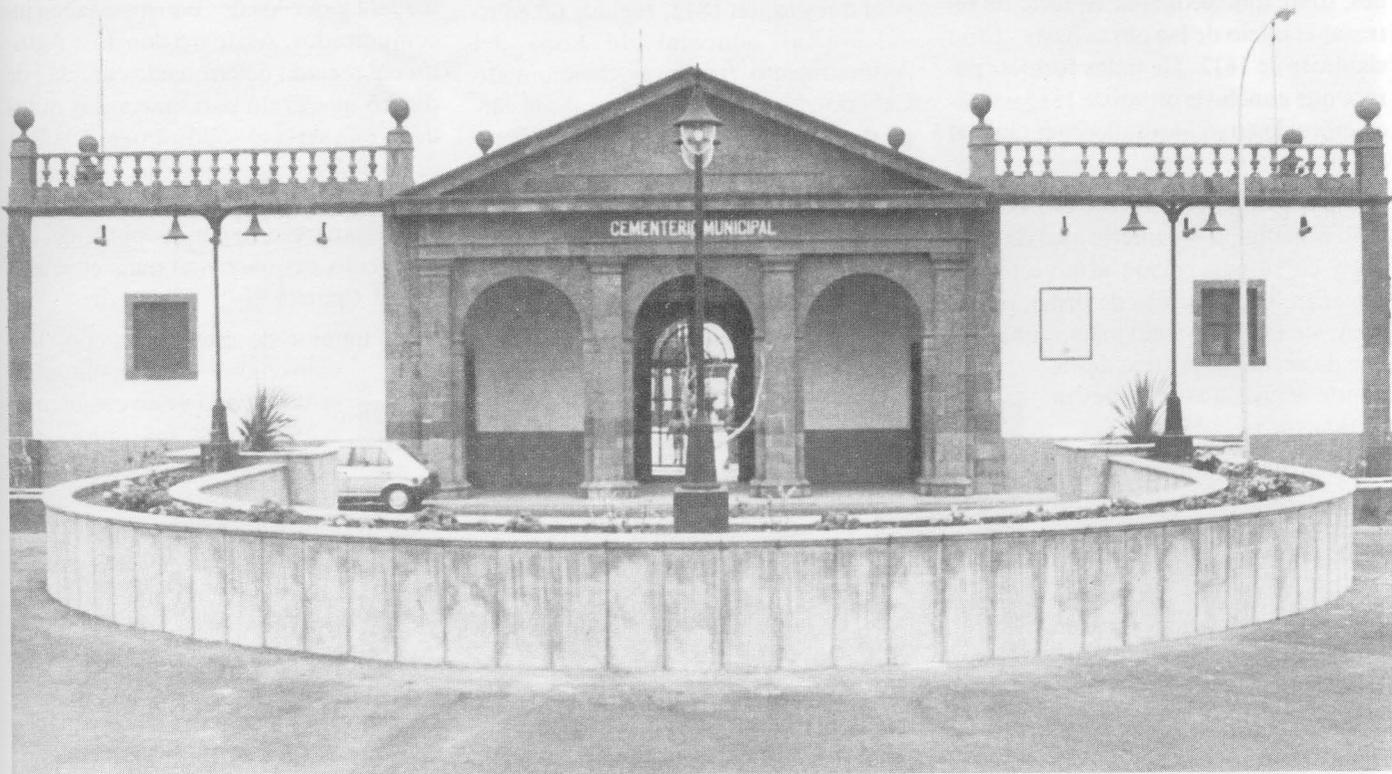


PATERNIDAD LUJANIANA DEL FRONTIS DEL VIEJO CEMENTERIO DE VEGUETA



Palabras pronunciadas por su autor en el acto de inauguración de una lápida conmemorativa colocada a la entrada de aquel recinto.

El Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria ha tenido el acierto de rescatar del olvido la paternidad lujaniana del frontis del viejo cementerio de la Real Ciudad y colocar en él una lápida conmemorativa, acto entrañable que tuvo lugar en la tarde del 9 de mayo, día en que se cumplía el 235 aniversario de la muerte del inmortal imaginero y arquitecto, y que se hizo coincidiendo con la inauguración de una plaza en el terreno que da a su frente.

Se rescataba así del olvido, no sé si involuntario, una autoría que si bien consta en publicaciones sobre la vida y la obra de José Luján Pérez, no así en el conocimiento generalizado de los ciudadanos que ignoran, la mayoría, no sólo que el insigne arquitecto, escultor e imaginero guinense fue el autor de los planos de este frontispicio, sino la micro historia de la construcción del camposanto a que da acceso, primero que tuvo la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a partir de los inicios del siglo XIX, hoy convertido por la monumentalidad de sus mausoleos funerarios en Necrópolis.

Desde los inicios de la Conquista de estas islas se instauró en ellas la tradición peninsular de enterrar a los muertos en sepulturas que se excavaban, algunas, en el interior de los templos y ermitas y la mayoría en pequeños trozos de terreno situados junto a las iglesias, de cuya ancestral práctica quedan aún vestigios en algunas localidades.

Fue Carlos III el monarca que intenta, en 1787, eliminar aquella vieja costumbre aduciendo, principalmente, comprensibles razones higiénicas, por el mal olor que, muchas veces, desprendían los enterramientos interiores y exteriores muy cercanos a los templos. Quería el rey que los espacios destinados hasta entonces a enterramientos se convirtieran en plazas públicas y de esparcimiento y que los cementerios estuvieran ubicados en las afueras de las ciudades y pueblos, en zonas aireadas, que no contaminaran el ambiente, adivinándose ya en aquella época un respeto por la conservación medioambiental.

En al Península fue evidente el retraso con que la medida se llevó a efecto, entre otras razones por el enfrentamiento surgido, como consecuencia de la orden real, entre la Iglesia y el Estado, habida cuenta que la primera mantuvo hasta mediados del mil setecientos, el monopolio de lo concerniente a la muerte y enterramiento de los cadáveres.

En Canarias, al menos en Gran Canaria, también se desoyó la exigencia real y hay datos que revelan que la construcción de los cementerios no se llevó a efecto hasta muy avanzado 1811, a pesar de que en 1807 una orden estatal volvió a recordar la necesidad y obligación de construir aquéllos lejos de los núcleos urbanos.

En realidad, el surgimiento de los primeros cementerios en esta isla fue como consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla de 1811. Los datos que concretan esta afirmación son ciertos, al menos en lo referente a los camposantos de Guía y de Las Palmas de Gran Canaria. El de la entonces villa guinense, el primero que también se construyó en aquella localidad norteña, fue inicialmente un trozo de terreno, a los pies de la montaña o Pico de la Atalaya para enterrar a los que fallecían como consecuencia de la plaga y que, terminada aquélla a principios de 1812, siguió utilizándose como cementerio general, hasta la construcción, sobre 1815, del de San Roque con fachada igualmente atribuida a Luján Pérez.

Con respecto al cementerio de esta ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, en torno al cual nos reúne el Ayuntamiento, la construcción de su cimentación se inicia en 1812, con planos de José Luján Pérez. Otras noticias refieren que fue en 1811 como consecuencia,

igualmente, de la fiebre amarilla. Particularmente coincidimos con la fecha de 1811 como la de gestación de la idea por las razones apuntadas de la fiebre amarilla, aunque las muchas dificultades, sobre todo económicas, hicieron retrasar el inicio de las obras hasta el año siguiente de 1812. De todas formas, parece que concluyeron sobre 1815, en diciembre de cuyo año fallece en Guía el artista.

En el frontis clasicista de este cementerio predomina la cantería azul de Arucas y en su concepción arquitectónica destacan los tres arcos de orden toscano y su frontón triangular, conjunto que da acceso al pórtico desde donde se pasa a la zona de enterramientos.

Es de justicia resaltar hoy y aquí la faceta arquitectónica de Luján, no tan conocida como la de tallista, escultor o imaginero por la abundante producción que admiramos en la casi totalidad de las iglesias del archipiélago.

Luján, en opinión del profesor Hernández Perera, supo y pudo atacar los grandes problemas de la arquitectura con una dimensión creativa de extraordinaria profundidad y conocimientos, perfectamente acorde con aquel gran momento de la arquitectura neoclásica que le tocó vivir y en el que tuvo a su lado la estela de su gran Diego Nicolás Eduardo, a quien sucedió en la dirección de obras tan importantes como la catedral de Canarias, en esta ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Ya en 1915, Santiago Tejera destaca la faceta arquitectónica de Luján Pérez al afirmar que fue una revelación el descubrimiento de su habilidad y conocimientos como director y sobrestante de las obras de la Catedral, continuación de las iniciadas por Eduardo, ya fallecido, cuyos planos respetó escrupulosamente.

Descubierta, pues, la habilidad de Luján como arquitecto no puede ni debe extrañar el encargo que hizo el Ayuntamiento de entonces para que diseñara el frontis del primer y nuevo cementerio de la ciudad. Tejera y Domingo J. Navarro coinciden en afirmar que la realidad de este camposanto es de agradecer al celo patriótico y extraordinario entusiasmo del gran patricio grancanario don Agustín José Bethen-

court, el mismo al que se debe los impulsos para la continuación de las obras del primer templo catedralicio.

Don Agustín José fue un personaje local de gran influencia y no menos ímpetu que era, en 1812, regidor (el equivalente al concejal de hoy) del Ayuntamiento (entonces denominado Cabildo), año en el que ostentaba el cargo de Corregidor (alcalde), el teniente coronel don Alonso Pareja Padilla, capitán a guerra y Maestrante de Sevilla.

Don Domingo José Navarro, en sus *Recuerdos de un Noventón*, se hace eco de la iniciativa de don Agustín José Bethencourt que, allanando obstáculos in-

recurrió un día que el barranco Guiniguada venía crecido una estratagema: corrió al Palacio Episcopal y, “angustiado”, refirió al obispo que las aguas amenazaban con desplomar el puente de madera y que los dos barrios estaban in comunicados. Así logró don José Agustín del prelado determinada cantidad de dinero que sirvió para iniciar las obras de lo que sería el sólido Puente de Piedra o de Verdugo, construcción que dio paso, a principios de este siglo, a otro que desaparecería por las obras del cubrimiento del barranco para el acceso por el Centro.

El interior de este cementerio, hoy convertido en Necrópolis, ofrece un variado y rico conjunto de monumentos funerarios, sepulcros y capillas, algunos de gran categoría arquitectónica y artística. Destaquemos los de la familia Manrique de Lara; el que doña Luisa Manrique construyó para dar sepultura a su marido don Cristóbal del Castillo; o aquel que Italia dedicó a las víctimas del trasatlántico hundido en el puerto de La Luz en 1892 y en el que figura el escudo nacional y la leyenda “*la caridad de la patria lejana*”. Sin olvidar, y resumimos para no cansarles, el monumento funerario que Victorio Macho trabajó para la tumba de Tomás Morales. Recordar asimismo que este cementerio tiene algunas muy destacadas e importantes obras escultóricas realizadas por el italiano Pablo Tricornia di Ferro.

El cementerio viejo o de Vegueta de Las Palmas, prácticamente ya en desuso salvo para los que tienen sepultura propia, recogió y guarda los restos de los grandes patricios y otras personalidades religiosas, artísticas y culturales de la ciudad desde principios del siglo XIX hasta mediados del XX.

Para aquellos que no sientan ningún tipo de temor —los vivos son los que hacen daño, los muertos descansan en paz—, un paseo por aquel camposanto, admirando los monumentos cuyos sepulcros guardan los restos de tantos hijos ilustres de la ciudad, les resultará evocador recordar, leyendo los nombres esculpados en los mausoleos, que muchos de los que aquí reposan fueron artífices de cualquiera de las páginas de la historia de Las Palmas de Gran Canaria.

PEDRO GONZÁLEZ SOSA



superables, señala, fue el verdadero artífice del camposanto. El Ayuntamiento no disponía en sus arcas del suficiente recurso económico para pagar la cuota que le correspondía en la obra, pero logró del obispo don Manuel Verdugo y del Cabildo Catedral un adelanto de estos fondos hasta tanto, más tarde, devolviera el préstamo.

A la pícaro socarronería de este personaje, cuenta igualmente don Domingo, se debió, en aquel mismo tiempo, el primer puente de cantería que unía los barrios de Vegueta y Triana entre las calles Muro y Obispo Codina, atribuido igualmente a Luján. Como tampoco contaba con dinero el Ayuntamiento,